

*Alberto
Vázquez-Figueroa*



**CIUDADANO
MAX...**

**NI MUERTE NATURAL, NI SUICIDIO,
NI CRIMEN, NI ACCIDENTE...**

La misteriosa muerte del magnate de la prensa Robert Maxwell, ocurrida el 5 de noviembre de 1991 en aguas canarias, constituye el punto de partida de esta novela excepcional. Ciudadano Max... indaga en las extrañas circunstancias que rodearon la desaparición del multimillonario británico y sugiere nuevas pistas, tan reveladoras como inquietantes... El encargado de la investigación es Arcadio Ortega, un comisario de policía que pide la excedencia y acepta prestar sus servicios en una organización de justicia privada con ramificaciones en todos los estamentos sociales. Ortega descubre que el magnate desaparecido era un hombre sin huellas y de mil caras, relacionado con los servicios secretos de las naciones más poderosas y con una tentacular corporación de empresarios japoneses. ¿Genio, espía, truhán, estafador...? Según Vázquez-Figueroa, la muerte de Maxwell «es algo que va mucho más allá de un simple accidente o un asesinato. Es algo que, de confirmarse, podría afectar de un modo muy profundo y negativo al futuro del sistema social en que vivimos. Por ello escribí esta novela».

CAPÍTULO PRIMERO

El hombre se presentó en el momento justo, poco antes de media tarde, la hora en la que al comisario Arcadio Baeza, que ya de por sí tenía la tensión baja, solía caerle hasta el punto de quedarse adormilado en la butaca, tan indefenso como un niño en la cuna.

El día era el correcto, puesto que el largo caso en que se había visto implicado durante los últimos meses acababa de resolverse a satisfacción de todos excepto del propio Baeza, por lo que la simple idea de iniciar una nueva andadura por idénticos caminos le angustiaba.

Ernst Theumer era de igual modo el hombre apropiado de palabra y trato; alguien que debía haber pasado muchas veces por estados de ánimo semejantes a aquel en que el comisario se encontraba, y conocía de antiguo el amargo sabor de boca que deja el triunfo cuando se está convencido de que a la larga no sirve para nada.

—Si acepta mi oferta ganará en un año lo que gana ahora en quince —fue lo primero que dijo tras presentarse y entregarle su tarjeta.

—Eso no es nada difícil —fue la irónica respuesta—. Este oficio siempre estuvo mal pagado.

—Lo sé, y también sé que si viene conmigo no tendrá que tragar todos esos sapos que le obligan a tragar. Hará su trabajo y basta.

—¿Qué clase de trabajo? —quiso saber Baeza levemente amoscado.

—El mismo que hace, pero con absoluta libertad y todos los medios que pueda necesitar. Lo único que pido es rapidez, honradez y eficacia.

—A ese respecto sólo garantizo la honradez —replicó desabrido el policía—. Rapidez y eficacia son ya cuestión de suerte, e incluso términos que se contraponen, pues, con frecuencia, una infinita paciencia puede convertirse en la mejor herramienta de trabajo.

—Lo sé —admitió Theumer con naturalidad—. Pero también suele ocurrir que la paciencia degenera en abandono y al final en desidia. —Le miró a los ojos y eran sinceros—. Necesito gente como usted —añadió—. Gente que ame su oficio aunque en ocasiones lo aborrezca.

—Nunca he dicho que lo aborrezca —puntualizó Baeza, molesto—. Lo que ocurre es que a menudo me hastía la forma en que me obligan a llevarlo a cabo.

—Y también le duele que con frecuencia no sirva para nada, ¿no es cierto? Se rompe los cuernos o se juega la vida por atrapar un delincuente, que a la semana está de nuevo en la calle.

—Lo peor es que la mayoría de las veces no sólo resulta una pérdida de tiempo, sino también una burla que no tiene la más mínima gracia.

—Pues no será éste el caso —replicó convencido el alemán—. Si pago bien quiere decir que no estoy aquí para perder el tiempo.—Sacó una cartera del bolsillo interior de la americana y colocó sobre la mesa un cheque al portador—. Aquí tiene el sueldo del primer año y un plus para gastos.

Era más dinero del que Arcadio Baeza había visto hasta el presente, y era un hombre al que le gustaba el dinero como le gusta a todo aquel que no lo tiene, nunca lo ha tenido, ni jamás ha soñado con llegar a tenerlo a no ser que le toque la lotería.

—Necesito pensarlo —dijo.

—No más de una semana —fue la seca respuesta.

—¿Por qué tanta prisa?

—Alguien espera.

—¿Quién?

—Alguien —musitó desganadamente el alemán—. En este trabajo siempre hay alguien esperando a que lo atrapen, usted lo sabe mejor que yo.

—Lo malo no es que siempre haya alguien —masculló el otro—. Lo malo es que nunca se acaban. Coges a uno y se te escapan tres; agarras a otro y el primero ya está libre; vas de nuevo a por él y es el segundo el que se ríe a tus espaldas porque su abogado es más listo que nadie.

—Pondremos fin a eso —puntualizó seguro de sí mismo el alemán.

—¿Cómo?

—Trabaje para mí y aprenderá la fórmula —replicó Ernst Theumer sin comprometerse—. ¡Téngalo por seguro!

—Jamás he hecho nada que vaya en contra de la ley —le advirtió seriamente el policía—. Ni jamás pienso hacerlo.

—Lo sé —señaló el otro—. Y precisamente por eso estoy aquí. Sé que es un hombre inteligente y honrado. Los corruptos y los inútiles cuestan más baratos, pero no me interesan.

A los diez días el comisario Arcadio Baeza solicitó una excedencia por un año alegando que quería aprobar las asignaturas que le quedaban para acabar Derecho, y a nadie pareció extrañarle que después de la difícil prueba por la que acababa de pasar necesitase un largo período de descanso.

Su sincera intención era volver al cabo de ese tiempo, pues no se tiraban catorce años de esfuerzo por la borda cuando se está considerado uno de los investigadores de más brillante futuro del escalafón, y le constaba que con el título de abogado en el bolsillo se encontraría en condiciones de alcanzar cotas prohibidas a un simple policía de academia.

—Por mucho que ese tipo exija —se dijo—, siempre me quedará algún rato para estudiar».

Aquél fue su primer error, puesto que Ernst Theumer, *Don Ernesto* como acabó llamándole, era un rígido alemán habituado a la férrea disciplina propia de su raza, y además era el tipo más eficaz y exigente que hubiera podido nacer en un país repleto de tipos eficaces y exigentes.

Cierto es que jamás hizo la más mínima crítica sobre sus métodos de trabajo, ni interfirió para nada en su labor, pero no había un solo día en que no le llamase para que le mantuviera al tanto de sus progresos, y aun sin recriminarle por la tardanza, se las arreglaba para hacerle comprender que una jornada sin resultados satisfactorios podía ser considerada desde cualquier punto de vista una jornada perdida.

La primera misión que le encomendó se centró no obstante en la rutinaria misión de averiguar el paradero de un tal Günter Körner, contable de una empresa bávara a la que había desfalcado la nada despreciable suma de ocho millones de marcos.

—Lo único que tenemos claro —había dicho— es que ha venido a esconderse aquí.

—¿Aquí? —se sorprendió Baeza—. ¿Y por qué precisamente aquí?

—Porque su primera mujer era andaluza y ama los toros, el flamenco y todo cuanto huela a español.

—No me parece suficiente motivo —replicó Baeza, dubitativo.

—Los que le conocen aseguran que si hizo lo que hizo fue para pasarse el resto de su vida comiendo paella y bebiendo sangría —sentenció Theumer—. Y yo les creo. ¡Me encantan el sol de España y la paella!

Para el policía, que odiaba los toros y el flamenco, el sol le sacaba manchas en la piel, la paella le caía como las piedras, y la sangría le producía un sopor y un malestar de muerte, imaginar que alguien se arriesgase a años de cárcel por tales razones se le antojaba inaceptable, pero, como

tantos años en el oficio le habían curado de espanto, dio por buena la explicación y se comprometió a encontrar al fugitivo si es que, efectivamente, estaba en España.

Eso era, a su modo de ver, lo primero que tenía que comprobar, puesto que en unos tiempos en los que apenas existía control de pasaportes, y en los que millones de visitantes atravesaban cada año las fronteras con la misma naturalidad con que salían al jardín de su casa, resultaba casi imposible determinar si un rubicundo alemán de poco más de cuarenta años, estatura media, rostro vulgar y gafas de miope, se encontraba o no en cualquiera de los centenares de miles de apartamentos de las zonas turísticas costeras, teniendo en cuenta, además, que la única fotografía que le habían proporcionado del fugitivo tenía más de siete años de antigüedad y pertenecía a un viejo pasaporte caducado.

Apenas la vio comprendió que de nada le serviría, pues con semejante rostro bastaba con cambiarse las gafas, ponerse una peluca o dejarse la barba para convertirse de inmediato en un turista anónimo entre millones de turistas.

Günter Körner —si es que así seguía llamándose, cosa que dudaba— podía estar tomando tranquilamente café en aquellos mismos momentos en la mesa contigua y lo más probable era que jamás lo reconociese.

Cuando llegó a la conclusión de que intentar localizar al hombre significaba una absurda pérdida de tiempo, decidió en buena lógica que lo que debía hacer era concentrarse en buscar en primer lugar a la mujer.

Abusando de sus amistades en el archivo central de la policía, no le resultó demasiado difícil dar con su pista. Se llamaba Adela Cifuentes, trabajaba ocho horas diarias despachando aspirinas en una farmacia malagueña, necesitaba con urgencia operarse de varices en la pierna izquierda, y no ya Baeza, sino incluso el más lerdo en el oficio, hubiera advertido de inmediato que nada tenía que ver con su ex esposo, y muchísimo menos con ocho millones de marcos alemanes.

—Me sorprendió en la cama con otro —fue su sincera y casi descarada explicación cuando le preguntó por las razones de su separación.

—¡Vaya por Dios! —se lamentó Baeza por decir algo—. ¡También es mala suerte!

—No; si mi suerte estuvo en que tardara tanto en agarrarme —replicó la otra con naturalidad—. Y ni siquiera me arrepiento por mucho dinero que pueda tener ahora. Si hubiéramos seguido juntos jamás se habría atrevido a hacer algo así, porque siempre demostró tener menos huevos que un flan de sobre. ¿Está seguro de que fue él?

—Sus jefes parecen estarlo —replicó el policía como si también le costara aceptar que un hombre con aquella cara fuese capaz de semejante proeza.

—¿Y cómo es que no se dieron cuenta? —se sorprendió Adela Cifuentes—. Ocho millones de marcos son muchos marcos.

—Al parecer lo hizo muy bien y no sospecharon lo más mínimo hasta que voló con la pasta. Por lo visto tenía armado tal lío en la computadora central que ahora no hay quien se aclare. Pequeños clientes figuran con deudas de millones, y otros que en verdad deben muchísimo dinero ni siquiera aparecen.

—No, si con los números era un genio —admitió aquella mujer envejecida y agotada, que no parecía sentir más emoción por la noticia de que su ex esposo era un famoso estafador que la oportunidad que le brindaba de abandonar media hora su trabajo para tomarse un café en el bar de la esquina—. Pero fuera del ajedrez y de los números era como si no existiese.

—¿Y por qué se casó con él? —quiso saber el comisario, al que parecía extrañarle que existiesen lazos en común entre aquellos dos seres en apariencia tan dispares.

—Porque aquí era distinto —señaló la otra—. Cuando le conocí trabajaba de camarera en un bar, y me pareció el tipo más vitalista y divertido que haya existido. Me engatusó

con su labia y creí haber encontrado al hombre de mi vida, pero en cuanto nos fuimos a Munich se convirtió en una verdadera plasta.

—¿Cuánto tiempo estuvieron casados?

—Tres interminables años. Si hubiera conseguido traérmelo de vuelta, las cosas hubieran funcionado de otra manera, pero nunca se decidió.

—¿Por qué?

—Era demasiado germánico. Aquí teníamos docenas de amigos y lo pasábamos en grande, pero en cuanto ponía el pie en su país se apagaba como una vela.

—Sería por culpa del trabajo.

—No. Era que sentía vergüenza de haberse comportado como lo había hecho, como si gozar de la vida fuese un pecado. —Suspiró de nuevo—. ¡Es un pobre hombre!
—concluyó.

—Ahora es muy rico.

—Sigue siendo un pobre hombre.

—¿Tiene idea de dónde podría esconderse? —inquirió Baeza consciente de que era una pregunta absurda.

—¿Y cómo quiere que lo sepa? —fue la lógica respuesta—. Incluso los contables alemanes se ofenden cuando sus mujeres les ponen los cuernos.

—¿No han vuelto a tener contacto?

—Ni la menor noticia hasta que entró usted en la farmacia. —Se volvió a mirarle con desconfiada fijeza—. ¿Está seguro que se trata de Günter? —repitió—. ¿De «mi» Günter?

El policía le mostró la foto.

—¿Es éste?

—¿Entiende por qué me acostaba con otros? —Sonrió ella.

—Pues si es éste, anda por ahí con quinientos millones de pesetas.

—¡Hijo de puta! —El tono de voz obligaba a sonreír—. ¿Y por qué no se decidió tres años antes? —se lamentó.

—¿Lo hubiera aprobado? —quiso saber su interlocutor.

—¿Quién, yo? —se asombró la buena mujer mostrando la más cruda sinceridad que nadie había mostrado nunca—. Si mi «hombre», aunque se hubiese tratado de ese cretino, se alzase de pronto con ocho millones de marcos sin matar a nadie, no es que lo aprobara, es que le daba matrícula de honor.

—Sigue siendo un delito —puntualizó el policía.

—¿Delito? Delito es que un *yonky* con el mono entre en la farmacia y me raje las tripas.

—También lo es quedarse con un dinero que no es tuyo. —Sonrió Baeza—. Por lo menos así me lo han enseñado.

—¡Escuche! Levantarle ocho millones a la «Rendell y Rendell» no es un delito; es una auténtica obra de arte. —Adela Cifuentes agitó la cabeza y sonrió con esfuerzo, como si se le hubiera olvidado hacerlo mucho tiempo atrás—. Me lo imagino sentado en el comedor, planeando el golpe como planeaba una partida de ajedrez.

—¿Le gusta el ajedrez?

—Es la mitad de su vida.

—¿Como simple aficionado, o está federado en algún lugar?

—No tengo ni idea, pero en una ocasión estuvo estudiando durante cuatro meses la forma de ganarle una simultánea a Karpov y consiguió hacer tablas.

—Extraño personaje, ¿no es cierto? —comentó Baeza—. Tan germánico en tantos aspectos, y tan desmadrado en otros.

—¡Y que lo diga! Era como uno de esos tipos que en carnavales se disfrazan de fulana y salen a la calle moviendo el culo y luciendo unas tetas enormes. Para Günter bajar al sur era una especie de maravilloso carnaval.

—Y por lo que veo ha decidido que dure eternamente. Tanta plata da para mucho.

—Pues por lo que a mí respecta, que la disfrute con salud —aclaró ella—. Siempre la empleará mejor que los de

«Rendell y Rendell».

—¿Me telefonaría si tuviera alguna noticia suya?

—Puede jurar que no.

—Podría significar mucho dinero.

—Lo imagino, pero yo soy muy capaz de traicionar a un hombre acostándome con otro, pero no denunciándolo a la policía.

—En estos momentos no soy policía.

—Un policía es siempre un policía, y no se ofenda. Günter es una de esas personas a la que la vida no le ha dado nunca nada y si ahora lo ha cogido, mejor que mejor. ¡Ojalá todo el mundo tuviera la oportunidad de desfalcarse a una empresa como la «Rendell y Rendell»!

Arcadio Baeza la volvió a dejar en la puerta de la farmacia convencido de su sinceridad y de que se alegraba del éxito de su ex esposo aunque jamás pudiera disfrutar de uno solo de aquellos marcos.

De regreso al hotel se entretuvo en tomar nota de cuanto Adela Cifuentes le había contado, pues tenía de antiguo la costumbre de hacerlo en un bloc de hojas recambiables, con letra grande, clara y aislando los conceptos, con el fin de poder colocar esas hojas sobre una mesa y estudiarlas como si se trataran de las diferentes piezas de un rompecabezas, con una forma de trabajar en la que se mostraba tan metódico como un analista de computadoras, y que tenía la virtud de sacar de quicio a sus compañeros de equipo.

Y es que uno de sus mejores maestros, el inspector Fonseca, le había enseñado que, en ciertos casos, elementos que no parecen tener relación entre sí acaban por encajar cuando se estudian desde un ángulo totalmente diferente al que se han analizado hasta ese instante.

Barajar esas hojas e ir sacando datos al azar buscando sus puntos de contacto o de rechazo, constituía un curioso ejercicio mental que la mayoría de las veces no conducía a nada, pero que obligaba a forzar la imaginación o abría puertas cuya existencia jamás hubiera sospechado.

¿Por qué razón un flemático contable alemán de fidelidad en apariencia indiscutible y cuya única afición conocida eran los números y el ajedrez, se transformaba de pronto en un andaluz fanático de los toros, la sangría y el flamenco?

¿Y hasta qué punto el radical cambio que se producía en su interior en cuanto pisaba España, anulaba por completo todas sus características genuinamente «germánicas»?

Si, como resultaba evidente, mientras estaba en Munich pensaba en España hasta el punto de arriesgarse a cometer un desfalco, cabía suponer que si se encontraba ahora en España hubiera cosas de su anterior existencia que aún se mantuvieran vigentes.

El razonamiento se le antojaba válido, pero no llevaba a parte alguna. De nada le servía que Günter Körner siguiera sintiéndose alemán o siguiera sintiéndose contable, ya que no se mostraría como alemán más que de puertas para adentro, y ya no sería contable más que de su propio dinero.

España continuaba siendo muy grande, y los lugares en los que podía ocultarse alguien que hablaba el idioma con fluidez, infinitos.

Ernst Theumer insistía en que cuanto más tiempo pasase menos dinero recuperarían sus dueños, opinión que Baeza no compartía en absoluto, pues había llegado a la conclusión de que el fugitivo era lo suficientemente astuto como para invertir con acierto sus «ganancias» sin arriesgarse a llamar la atención despilfarrándolas.

«Si juega al ajedrez, es de los que tienen mucha paciencia —se dijo—. De los que son capaces de dejar pasar años antes de mostrar las orejas».

Dos semanas más tarde, convencido de que Günter Körner no cometería el error de dejarse ver por Málaga, Torremolinos, Marbella o cualquiera de los lugares que solía frecuentar con anterioridad, emprendió el regreso a Madrid

aprovechando para detenerse en Granada, una ciudad que le traía inolvidables recuerdos asociados a la poesía de García Lorca, al que adoraba.

Hizo el viaje sin prisas, pues siempre había sido un conductor al que gustaban los coches grandes, estables y seguros, y cuando le echaban en cara su escaso amor a la velocidad argumentaba que su oficio ofrecía demasiadas oportunidades de que un atracador te matase, como para proporcionárselas también a un loco al volante.

De su promoción en la academia, que fueron casi setenta, habían muerto más compañeros en accidente de automóvil que bajo las balas de un delincuente, y siempre consideró que eso de perseguir a alguien a doscientos kilómetros por hora, por las calles de una ciudad repleta de peatones, era un delito mil veces más condenable que el que pudiera haber cometido aquel a quien se perseguía.

A su modo de ver, el mejor lugar para un revólver era la mesa del escritorio, y para un coche, la puerta de un buen restaurante.

Había quien suponía que tantos años de enfrentarse a toda clase de maleantes tenían que acabar por convertir a un policía en alguien que no le teme ni a la velocidad ni a las armas, pero el tiempo le había enseñado que un imbécil de quince años que roba su primer bolso se considera siempre un tipo duro, mientras que los profesionales que más habían sufrido la violencia acababan por ser siempre los más sensibles a esa violencia, tal vez por el hecho de que eran los que mejor llegaban a conocer sus infinitas limitaciones.

Aún se sabía muy lejos de la capacidad de comprensión del inspector Fonseca o la sabiduría del viejo Andrade, pero lo cierto era que de seguir en el cuerpo preferiría mil veces parecerse a ellos, que a quienes pretendían solucionarlo todo a base de amenazas y bofetones.

Siempre se le antojó mucho más práctico reflexionar que empuñar una pistola, y estaba convencido de que un

largo paseo por la Alhambra ofrecía más posibilidades de llegar a conclusiones lógicas, que un mes encerrado en un ruidoso despacho rodeado de teléfonos, o dando patadas para derribar puertas.

Gracias a ello, cuando al fin se acodó en una almena a contemplar cómo se ocultaba el sol sobre uno de los paisajes más bellos del mundo, estaba convencido de haber encontrado el punto de unión entre las complejas personalidades de Günter Körner.

Ese punto de unión se llamaba Linares: una pequeña ciudad del interior de Andalucía, que no pasaría a la historia más que por dos hechos muy diferentes y contrapuestos: en su plaza de toros murió *Manolete*, el mejor matador que hubiera existido, y en ella se celebraban, nunca supo por qué extraña razón, los torneos de ajedrez mejor organizados del mundo occidental.

Si Günter Körner había dedicado cuatro meses de su vida a preparar la forma de hacer tablas en unas simultáneas con Karpov, resultaba lógico suponer que estuviera deseando repetir su hazaña con Kasparov, y el único lugar de España en que podría intentarlo se llamaba Linares.

Allí encontraría sol, toros, flamenco, sangría y a los más brillantes jugadores de ajedrez del mundo.

El resto era cuestión de oficio y de paciencia.

Cuando tras una semana de recorrer hoteles, bares y restaurantes de Linares durante la celebración de su famoso campeonato de ajedrez, Baeza pudo llamar a Ernst Theumer para comunicarle que había localizado a Günter Körner, la respuesta que recibió le dejó un tanto desconcertado.

—¡No lo toque! —ordenó secamente el alemán—. A partir de este momento es cosa nuestra.

—¿Qué pretende decir con «cosa nuestra»? —gruñó malhumorado—. Esto es cosa de la Policía española o, en último caso, de la Interpol.

—¡Escuche, Baeza! —replicó el otro en tono nervioso—. Si cualquier tipo de policía interviene, lo más probable es que la «Rendell y Rendell» tarde años en recuperar su dinero, si es que lo recupera. —Hizo una significativa pausa—. Sin embargo, estoy convencido de que si mantengo una amistosa entrevista con Körner, las cosas pueden arreglarse a gusto de todos.

—¿«Amistosa»? —repitió Baeza, incrédulo.

—Totalmente amistosa —insistió Theumer—. Usted estará presente. Límitese a no perderle de vista ni un momento y deje el resto en mis manos. Llegaré mañana mismo.

Al mediodía siguiente un reactor privado aterrizó en el aeropuerto de Granada y Ernst Theumer descendió acompañado de dos hombres que no hablaban más que alemán.

—¿Quiénes son? —quiso saber Arcadio Baeza, visiblemente molesto.

—Uno es el abogado de «Rendell y Rendell», y el otro, de Günter Körner.

—¿Qué diablos significa eso de abogado de Günter Körner? —protestó Baeza—. He puesto un hombre a vigilarle y estoy seguro de que ni siquiera sospecha que lo hemos localizado.

—Lo he elegido yo personalmente —aclaró el alemán—. Y le garantizo que es el mejor en su campo.

—¿Conoce a Körner?

—No.

—¿Entonces?

—Lleva semanas estudiando el caso y nadie mejor que él podrá aconsejarle y defenderle.

—¿Y quién le paga? ¿«Rendell y Rendell»?

—Le pago yo, que nada tengo que ver con «Rendell y Rendell».

—No entiendo nada —admitió el policía.

—Se lo explicaré en su momento —fue la amable respuesta—. Ahora tan sólo le suplico que confíe en mí y me lleve ante Körner.